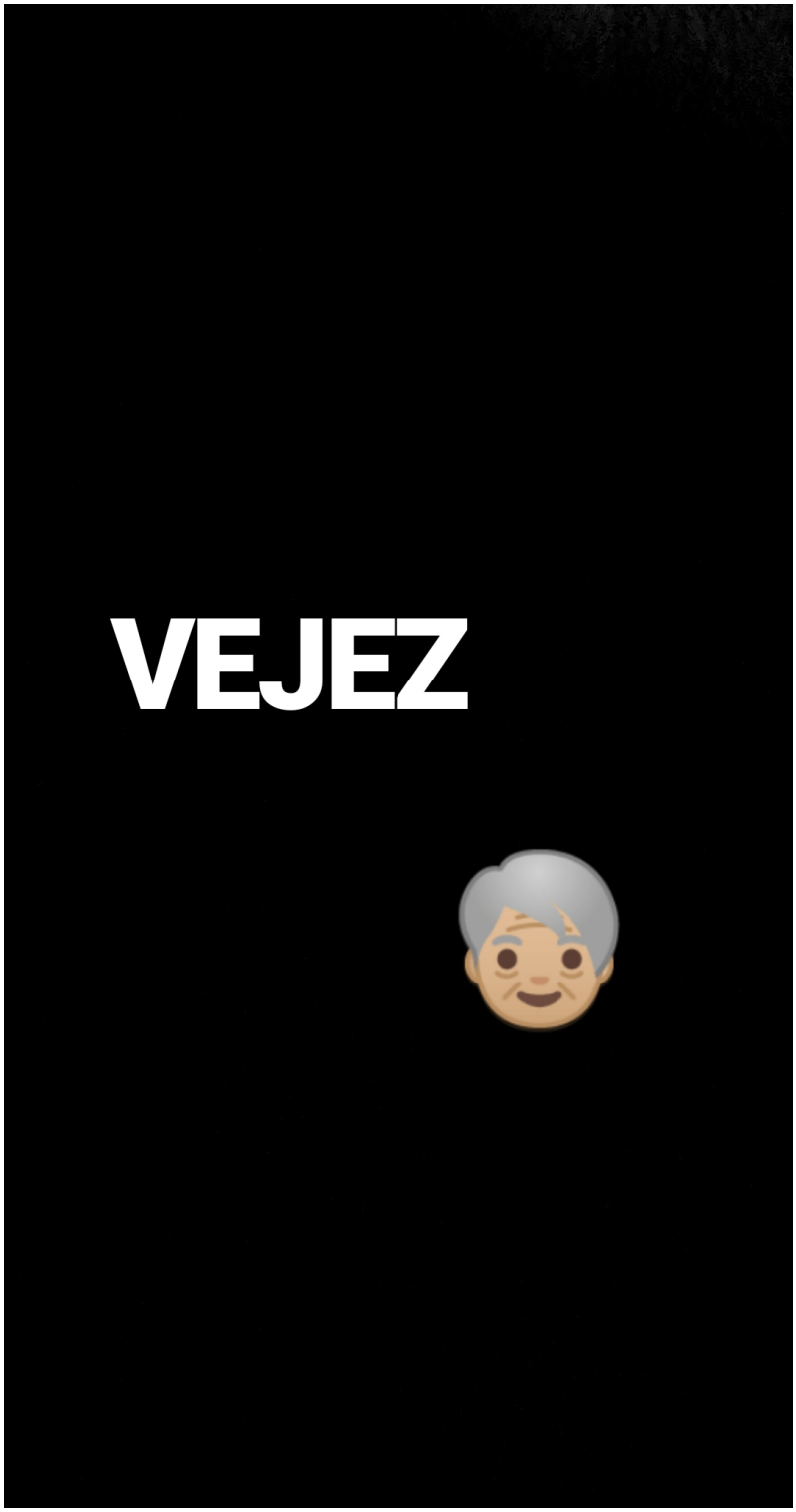
a. VEJEZ

Ana Guevara



Capítulo 1

Mi juventud cautiva se ha marchado,

presa perpetua, ha escapado,

ha huido mi alba con el ocaso.

Han pasado ya muchos soles,

mil lunas y un millón de estrellas.

Yo, que pensaba que a mí no llegaría,

yo, que tuve el cabello de cien colores,

hoy el blanco ilumina mi cabeza,

el arcoíris, tan solo colores en el cielo,

nubes en mi mente lo invaden todo,

ocultan mis ideas, crean tormentas,

lo invade todo, el tiempo.

No recuerdo cuando,

pero dejé de contar los años,

ahora solo vivo los días,

lo que cuento son historias,

de cuando mi mirada no era tan sombría,

y en mis adentros me arrepiento,

de no haber hecho lo que quería.

Yo, que con mis brazos levanté el doble de mi peso,

que con mis manos toqué muchas pieles,

compartí mil alientos,

visité un millón de camas,

no por más de una noche, si bien recuerdo.

Hoy mis manos arrítmicas tiemblan,

no de miedo, pero lo producen,

mi cuerpo es impotencia incontrolable

temblorosas,

mis piernas se doblan,

mi rostro se ha arrugado,

lo que un día fue una rosa,

hoy son recuerdos en mi memoria borrosa.

Yo que fui ancla,

yo que fui faro,

hoy soy una sombra olvidada,

soy la invisibilidad hecha persona,

flotando en mis entrañas,

esperando paciente

la luz, o la sombra,

que guie mi camino,

o que me cuente mi condena,

o que desaparezca,

igual que un dibujo en la arena,

sin necesidad de olas,

tan solo con un soplo del viento

bastaría para borrar mi efímero recuerdo.

Aquí no dejo nada,

solo momentos,

la oscuridad me espera,

eterno tormento.

Yo, que un día fui la imagen del miedo,

hoy temo a lo desconocido,

temo a lo inevitable, temo a mis demonios,

temo.

Yo, que un día desprecié la vida,

hoy extraño momentos,

pero el tiempo no está de mi parte,

me duelen los huesos.

Hoy sé que para siempre eran dos días,

hoy sé que no hay mentira verdadera,

ni verdad que no sea dolorosa,

ni tristeza que no exista sin felicidad.

Mi cabeza se pierde en su propia melodía,

la encuentro repitiendo el mismo recuerdo,

si lo he contado, no me acuerdo,

lo que sé es que nadie contará mi historia,

que soy un viejo, y no soy sabio,

soy una barca a la deriva,

soy una hoja seca, desprendida,

flotando en la nada,

viviendo en mis memorias.

Yo, que movía montañas,

hoy necesito ayuda para caminar,

igual que un niño da sus primeros pasos,

yo doy los últimos,

la vida va menguando,

y nunca supe parar,

pero la inercia se acaba,

el impulso se agota,

las llamas se apagan,

las heridas se cierran,

y aquí solo quedan cicatrices, cenizas, nada.

El dolor en mi alma

es más grande que el de mi cuerpo,

y cuanto más vivo, más muero.